



*"En los reinos donde nadie decide el
poder acaba en manos del silencio.
Un reino perdido en el olvido,
decisiones que carecen de importancia,
el triunfo del vacío."*

*Para Elsa Cecilia,
por enseñarnos que la contradicción es solo el
principio del entendimiento.
Por tu presencia, tu paciencia y tu comprensión.
Con amor, desde la palabra.*



I - DONDE EMPIEZAN LAS COSAS SIN IMPORTANCIA

En un rincón olvidado del mundo, donde los mapas ya no llegan y los viajeros no se detienen, existía un pequeño reino llamado Sin Importancia. Allí las campanas no daban las horas con precisión, los ministros firmaban decretos sin leerlos, y las decisiones se tomaban sin reflexión.

No era un lugar oscuro, ni cruel. Era ligero como una pluma, etéreo, ambiguo... como un suspiro.

El Rey Carlos y la Reina Carolina, con actitud displicente y distraída, gobernaban con maneras suaves y corazones cómodos, más preocupados por las modas, los quehaceres de palacio y los bailes que por el bienestar del reino.

Afables, sonrientes y siempre bien vestidos, de lengua fácil para cuestiones triviales, hablaban lo justo con quien debían, evitando cualquier responsabilidad como quien huye del espanto.

No eran malvados, ni mal intencionados, pero tenían una virtud peligrosa: la de mirar siempre hacia otro lado.

Y mientras el palacio giraba en torno a bailes y cortinas, en lo alto de una torre... crecían dos sombras gemelas, iguales y opuestas, como dos reflejos sin fondo.

En la torre norte del palacio, la segunda de mayor envergadura,



la de piel de marfil y sombrero de copa, donde los días se deslizaban con juegos interminables, vivían las princesas.

Nacidas bajo la misma estrella, idénticas como el reflejo de un mismo espejo, compartiendo juegos, vestidos y un destino entrelazado.

Elsa era luminosa, impulsiva y despreocupada, pero no por desidia, sino por la voluntad de quien lo ve todo posible.

Cecilia, en cambio, era precavida, observadora y reflexiva en exceso, hasta el punto de preocuparse por la cuarta pata de un taburete. Dilema existencial.

Tal era su parecido, que nadie en la corte podía distinguirlas con certeza.

Y así, de niñas, en la confusión inventaron un juego divertido: una respondería siempre que sí; la otra, siempre que no.

No importaba la pregunta, ni el tono, ni la hora.

Mientras una aceptaba todo, la otra lo rechazaba sin dudar.

Y cuando no podían sostener el juego, se intercambiaban los papeles... solo para llevarlo aún más lejos.

Lo hacían entre risas, sin pensar. A la hora de dormir, a la hora del postre, o cuando les preguntaban si querían salir al jardín.

—¿Queréis ver las estrellas esta noche?

—¡Sí! —decía Elsa.

